

GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA: CAMPAÑAS MILITARES EN LA PENÍNSULA (1702-1714)

Germán SEGURA GARCÍA¹

RESUMEN

El objetivo de este artículo es analizar las campañas militares de la guerra de Sucesión española que tuvieron como escenario la península ibérica y examinar su aportación al resultado final de la contienda. Dichas campañas, unidas al progreso general del conflicto en su vertiente internacional y a las decisiones políticas de las potencias beligerantes, conducirían a la victoria final de Felipe V de Borbón sobre su rival el archiduque Carlos de Austria.

PALABRAS CLAVE: Sucesión española, campañas en la Península, operaciones militares

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyze the military campaigns of the War of Spanish Succession that took place in the Iberian Peninsula and examine their contribution to the final result of the struggle. These campaigns, jointly the overall progress of the conflict from the international point of view and the political decisions of the belligerent powers, lead to the final victory of Philip V of Bourbon over his rival the Archduke Charles of Austria.

¹ Capitán de Artillería y doctor en Historia.

KEY WORDS: Spanish Succession, Peninsular Campaigns, Military Operations

* * * * *

1. Introducción

La muerte sin sucesión de Carlos II, el último monarca de la Casa de Habsburgo hispana, se convirtió en el pistoletazo inicial de un conflicto bélico esperado con inquietud y al que difícilmente podían sustraerse las potencias europeas. La Monarquía española era una presa de magnitud, sus dominios territoriales aún inmensos a pesar del retroceso en Europa a lo largo de las últimas décadas del siglo XVII. Por ello, con la mente puesta en el equilibrio de poderes, las cortes europeas habían convenido que la mejor solución a fin de evitar la reunión de la herencia española en manos únicas de Francia o de Austria era el desmembramiento de la Monarquía entre los dos pretendientes. El incumplimiento de los tratados de partición por parte de Luis XIV, que aceptó la sucesión de su nieto Felipe de Anjou al trono español con toda su integridad territorial, lanzó inmediatamente al emperador Leopoldo I a la guerra en Italia, mientras que Guillermo de Orange, rey de Inglaterra y estatúder de las Provincias Unidas, actuó con mayor cautela aguardando a recibir concesiones comerciales en el rico mercado americano. Los preparativos militares, sin embargo, no pasaron desapercibidos para nadie y la amenaza de conflagración general seguía latente. En septiembre de 1701 se estipuló entre el Sacro Imperio, Inglaterra y Holanda el tratado de la Gran Alianza con el fin de denunciar la intromisión francesa en los asuntos de España y sobre todo el monopolio francés del comercio con la América española. Por su lado, Luis XIV provocó una nueva escalada hacia el conflicto al reconocer como rey de Inglaterra a Jacobo III Estuardo, exiliado en Francia. La declaración formal de guerra llegó el 15 de mayo de 1702. El bloque borbónico o felipista quedó constituido por las Dos Coronas (Francia y España), Baviera, Colonia y Saboya (que cambió de bando en 1703); mientras que el partido aliado o austracista quedó formado por el Sacro Imperio, Inglaterra (Reino Unido de Gran Bretaña a partir de 1707), las Provincias Unidas, Prusia y Portugal (desde 1703).

La guerra desencadenada por el emperador en Italia se extendió a Flandes y Alemania en 1702. En estos teatros de operaciones se dieron las batallas más importantes del conflicto y tomaron parte los jefes más reputados

de los dos bandos contendientes. Allí se decidió la suerte de los territorios que la Monarquía española tenía en el resto de Europa y se llevó al límite la capacidad de resistencia de la Francia de Luis XIV. Sin embargo, el destino de España se acabó decidiendo en la península ibérica, amenazada desde 1702 por la flota aliada y con frentes terrestres activos a partir de 1704. La escisión de las lealtades españolas entre los dos monarcas aspirantes al trono dio al conflicto oscuros tintes de guerra intestina, una lucha feroz y fratricida que acabaría dejando complejos traumas en el devenir de España como nación.

No es nuestra intención en este trabajo profundizar en los aspectos socio-políticos de esta contienda² sino únicamente analizar las campañas militares que tuvieron lugar en la península ibérica y que, unidas al progreso general de la guerra y a las decisiones políticas de las potencias beligerantes, conducirían a la victoria final de Felipe V sobre su rival el archiduque Carlos de Austria (designado por sus partidarios en España con el nombre de Carlos III y, a partir de 1711, titular del Sacro Imperio como Carlos VI).

2. Características de la guerra en la Península

En el año 1833, el historiador británico Thomas B. Macaulay caracterizó la guerra de Sucesión en su vertiente peninsular con las siguientes palabras:

«La guerra en España se compone de acontecimientos que parecen ser independientes los unos de los otros. Los bandazos de la fortuna se asemejan a los que tienen lugar en un sueño. La victoria y la derrota no producen sus consecuencias habituales. Los ejércitos surgen de la nada y se deshacen en nada. Sin embargo, para los juiciosos lectores de la historia, el conflicto español es quizás más interesante que las campañas de Marlborough y Eugenio. El destino de Milán y de los Países Bajos fue decidido por el genio militar. El destino de España fue decidido por las peculiaridades del carácter nacional»³.

Parece indudable que, de no haber resistido Felipe V en España la acometida de los ejércitos aliados que llegaron a apoderarse de Madrid en dos ocasiones, si el monarca Borbón hubiera renunciado al trono como le llegó

² Una síntesis esencial y actualizada para entender la complejidad del conflicto en ALBAREDA, Joaquín: *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*. Crítica, Barcelona, 2010.

³ MACAULAY, Thomas B.: *Critical and Miscellaneous Essays*, Hart, Carey & Hart, Philadelphia, 1854, vol. 2, págs. 164-213.

a ser requerido por su abuelo Luis XIV, si el pueblo español hubiera abandonado a su rey en la derrota, la resolución del conflicto sucesorio podría haber sido muy distinta. Sin embargo, los hechos, las decisiones y las actitudes acabaron por reconducir las infinitas posibilidades de la vida hacia los márgenes de lo que ya es historia. Así, para sus juiciosos lectores, las campañas militares en la Península permitieron a Felipe V salvar el trono de la Monarquía española, mientras que otras circunstancias externas facilitaron que lo ganara de manera definitiva. De ahí la importancia de analizar esas campañas peninsulares, minusvaloradas por la historiografía extranjera frente a las operaciones militares llevadas a cabo por Marlborough, Eugenio de Saboya o Villars.

Un primer aspecto a tener en cuenta antes de adentrarnos en la relación de las principales acciones bélicas es el factor físico, el marco geográfico donde se desarrollaron las operaciones.

La península ibérica tiene una orografía compleja, formada por numerosos sistemas montañosos que atraviesan y rodean su núcleo central (la Meseta) cuya altitud media ronda los 650 metros. Sin continuidad con el bloque mesetario se hayan otras cordilleras externas, en especial los Pirineos y el sistema Bético, aunque las formas más características del relieve periférico son las depresiones del Guadalquivir y del Ebro. Por último, las costas peninsulares, en especial las españolas, presentan una gran diversidad, siendo muy accidentadas y acantiladas en el norte, y con mayor predominio de playas y calas en el sur y en el Mediterráneo.

El relieve peninsular no favorece las comunicaciones entre la costa y el interior, dificultando a lo largo de la historia los intercambios comerciales centro-periferia y forzando a que amplias regiones desarrollen economías de subsistencia y tiendan a hacerse autosuficientes. El tráfico marítimo cobra importancia a la hora de abastecer los mercados de la periferia con materias primas y manufacturas, así como para dar salida a los excedentes locales, sobre todo en el Levante mediterráneo y la fachada cantábrica. Una pieza clave del comercio español era el puerto de Cádiz, donde se acumulaban las mercancías rumbo a América y que se convertiría en sede de la Casa de Contratación de Indias en 1717. Dado que los intercambios se realizan principalmente en la periferia, la red viaria española estaba pobremente desarrollada. Según la *Guía de Caminos* publicada por Pedro Pontón en 1705, solo aparecen inventariados 52 caminos que suponen aproximadamente 11.300 km, además de 15 puentes (sin contar los de las poblaciones) y 3 barcas⁴.

⁴ URIOL, José I.: «Guía de Caminos de Pedro Pontón», en *Revista de Obras Públicas*, núm. 3430, 2003, págs. 59-62.

Dado que los ejércitos de la época necesitaban sacar el máximo partido de las infraestructuras viales que hubiera en el territorio donde operaban, este tipo de inventarios es muy útil para entender los movimientos y las rutas de avance empleadas por los contendientes. El subdesarrollo de la red viaria y la compartimentación del relieve peninsular favorecieron la proliferación y eficacia de las acciones llevadas a cabo por las partidas armadas de uno u otro bando, un tipo de guerra irregular que sería más tarde conocido como *petit guerre* o guerrilla.

La climatología peninsular impuso un calendario distinto al empleado en otros teatros de operaciones. Mientras que en Flandes, Alemania o Italia, como norma general, los ejércitos permanecían inactivos en sus cuarteles de invierno de octubre a mayo, en la Península el descanso solía producirse durante los meses de verano –sobre todo en la frontera portuguesa– ya que el calor imposibilitaba continuar la campaña⁵. Además, pocas áreas de la Península podían proporcionar sustento al volumen de tropas que operaban en las mismas, a pesar de que los ejércitos peninsulares, en sus mejores momentos, apenas llegaron a tener más de un tercio de los efectivos con que contaban los jefes militares en otros teatros de operaciones. Por poner un ejemplo, en 1707 Berwick estuvo al mando de 25.000 hombres en Almansa –la principal batalla de la guerra en suelo español–, mientras que Marlborough y Vendôme, al año siguiente, dispusieron ambos de 80.000 hombres en la batalla de Oudenaarde⁶. Aun así, las operaciones en la Península dependían mucho de la capacidad de constituir una red de depósitos de provisiones, guarnecerlos con tropas, sostenerlos ante el ataque enemigo y proteger las rutas de abastecimiento. Las acciones militares sobre estos depósitos o sobre otros puntos estratégicos de la geografía peninsular abundaron durante la guerra, de modo que la expugnación de plazas constituyó, en contraposición a las batallas campales, el tipo de operación más común durante la contienda, al igual que la lucha de destacamentos o partidas desarrollada principalmente por unidades montadas. Por otro lado, la caballería –uno de los elementos principales de los ejércitos de la época– no podía subsistir a base de pastos y solo había la opción de alimentarla con cebada transportada desde depósitos lejanos, como experimentaron a su costa los extranjeros en España⁷. Algunas áreas como la baja Andalucía –privilegiada para la remonta de caballerías–, las regiones cerealistas del interior o la

⁵ DUFFY, Christopher: *The Military Experience in the Age of Reason*, Routledge & Kegan Paul, London and New York, 1987, pág. 11.

⁶ CHANDLER, David G.: *The Art of Warfare in the Age of Marlborough*, Kent, Spellmount, 1990, pág. 304.

⁷ BERWICK, Duque de: *Memorias*, Universidad de Alicante, 2007, pág. 205.

plana de Urgel –donde precisamente estuvo estabilizado el frente entre 1707 y 1710– estuvieron en disposición de proporcionar suministros básicos a las tropas, en especial, a las borbónicas, más dependientes de la explotación local dado que los aliados solían abastecerse principalmente por mar.

Un segundo factor a analizar es el humano. A inicios del siglo XVIII, se podría estimar la población española peninsular en 7,5 millones de habitantes, de los cuales unos 2 millones vivían en la región mediterránea, algo menos de 4 millones en el interior y la Andalucía atlántica, y el resto en la fachada noratlántica. Por territorios, la corona de Castilla aglutinaba en torno a 5,5 millones de españoles y la de Aragón unos 1,5 millones (400.000 en Cataluña). La ciudad más poblada era Madrid, que rondaba los 140.000 habitantes y doblaba el número de Sevilla y Granada. Valencia, Cádiz, Barcelona, Córdoba, Zaragoza y Málaga seguían en orden descendente con cifras que iban desde los 50.000 habitantes de la primera hasta los 30.000 de la última. Sin embargo, la mayor parte de la población continuaba viviendo en la España rural, la cual constituía el verdadero corazón de la economía hispana⁸.

Al iniciarse el conflicto sucesorio, las tropas de la Monarquía se encontraban principalmente en Italia y Flandes. Desatado inicialmente el fuego de la guerra en estos territorios, Felipe V contaba en España con apenas 13.000 infantes y 5.000 caballos, por lo que resolvió levantar más tropas, además de ordenar la creación de otros 100 regimientos de milicias con una fuerza total de 50.000 hombres. Al abrirse el frente peninsular se tuvo que recurrir a la leva forzosa para completar las nuevas unidades militares que debían luchar al lado de los contingentes extranjeros que se destinaron a España. Sin embargo, la calidad de las tropas españolas en la Península, en especial de la infantería, dejó mucho que desear en un primer momento. La reorganización del Ejército español era una tarea pendiente que empezó a abordar con energía Felipe V desde su acceso al trono. Así, en Flandes se decretaron en 1701-1702 unas ordenanzas que buscaban reactivar la disciplina al tiempo que se daba una nueva organización al ejército estacionado en aquellas tierras. En 1704, ya de forma general, se sustituye el nombre de tercio por el de regimiento como unidad de encuadramiento de una docena de compañías de infantería con una fuerza total de cerca de 650 hombres. Posteriormente se procede a la regularización de la uniformidad, a la desaparición del maestre de campo –reemplazado por el coronel– y a la nueva denominación geográfica de las unidades. También el archiduque Carlos trató de introducir la disciplina, unidad y cohesión en sus tropas, decretando en 1706 unas ordenanzas con las que se propuso regir los ejércitos de la Monarquía española.

⁸ LYNCH, John: *La España del siglo XVIII*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999, pág. 10 y ss.

Por otro lado, desde el punto de vista técnico, la infantería abandonaba la pica, el arcabuz y el mosquete para utilizar universalmente el fusil con llave de chispa y bayoneta. Desaparecían así las distintas especialidades de los tercios y, en adelante, la infantería adoptó formaciones lineales donde predominaba el frente sobre la profundidad. De esta forma, el mayor número de infantes podía hacer uso del arma de fuego, utilizando la bayoneta para defenderse de la caballería o llegados al choque con la línea contraria⁹. El fusil también fue empleado por los dragones, considerados entonces como infantería montada. Los dragones, dada su versatilidad, eran utilizados en la batalla campal para reforzar los puntos débiles del despliegue, si bien su mayor contribución –favorecida por la compartimentación del relieve– consistió en dar protección a los convoyes e interceptar las líneas de abastecimiento enemigas. La caballería de línea redujo el empleo de las pistolas en combate –típico del siglo anterior– y fue recuperando paulatinamente el choque frontal con arma blanca. En cuanto a los artilleros e ingenieros, sus servicios continuaron siendo esenciales en la guerra de sitio.

La guerra de Sucesión tuvo lugar en un período de la historia en la que buena parte de los conflictos armados eran limitados, es decir, los beligerantes aceptaban ciertas reglas y principios humanitarios que trataban de minimizar los daños colaterales a la población civil y a los mismos soldados. Aunque la guerra continuaba siendo tan dura como siempre, los contemporáneos forjaron el término de «guerra de encaje o guerra limpia» para denominar este tipo de conflictos entre cristianos, una realidad que contrasta con los excesos cometidos en las guerras de religión de la centuria anterior o en las guerras totales que alumbrarán a finales de siglo las naciones en armas. En la Península, los ejércitos extranjeros respetaron generalmente los códigos de conducta establecidos, cumpliendo las capitulaciones pactadas y evitando encarnizamientos innecesarios. Pero no sucedió siempre así según el conde de Robres: «Como si interesara al señor Felipe V y al señor Archiduque poseer la Corona destruida, las tropas del primero y los paisanos del segundo principalmente atienden a la aniquilación de los pueblos»¹⁰. En especial fue atroz la lucha entre españoles, quienes llegaron a defender la causa de su rey –Borbón o Habsburgo– hasta situaciones extremas, en un panorama de guerra civil no exento de radicalizaciones y que tuvo en la defensa obstinada de poblaciones y en la lucha de partidas un campo abonado donde dar rienda suelta a todo tipo de extorsiones y atrocidades. Macaulay resume este apocalíptico escenario de la siguiente manera:

⁹ SEGURA, Germán: «Apuntes sobre el empleo táctico de la infantería durante la Guerra de Sucesión española», en *Militaria: Revista de Cultura Militar*, núm. 20, 2006, págs. 109-136.

¹⁰ LÓPEZ DE MENDOZA, Agustín (conde de Robres): *Memoria para la historia de las guerras civiles de España*, CEPC, Madrid, 2006, pág. 268.

«No hay país en Europa tan fácil de invadir como España; no hay país en Europa tan difícil de conquistar. Nada puede ser más penoso que la resistencia del ejército regular que España ofrece a un invasor; nada más formidable que la energía que derrocha cuando la resistencia de su ejército regular ha sido aplastada. Sus ejércitos se han parecido durante largo tiempo a turbas; pero sus turbas han tenido, en un grado inusual, el espíritu de los ejércitos. El soldado, comparado con otros soldados, es deficiente en cualidades militares; pero el paisano tiene mucha de las cualidades del soldado. En ningún otro país tantas fortalezas han sido tomadas por sorpresa; en ningún otro país las ciudades sin fortificaciones han resistido tan furiosa y obstinadamente a grandes ejércitos. La guerra en España ha tenido, desde la época de los romanos, un carácter particular; es como un fuego que no puede ser sofocado; dormita ferozmente bajo las ascuas; y cuando al fin parece que se ha extinguido, se reaviva y arde aún más violentamente que nunca»¹¹.

3. Periodización de las campañas peninsulares: 1702-1714

Una vez apuntadas someramente las características del conflicto sucesorio en el escenario peninsular entraremos a analizar las campañas militares en este teatro de operaciones. Al objeto de exponer de forma más comprensible la narración de los hechos se ha procedido a estructurar la guerra en 6 fases que corresponden a los siguientes períodos:

1702-1705. La Gran Alianza intenta desembarcar en España para que alguna ciudad o territorio reconozca al pretendiente austriaco y así, aprovechando la entrada en liza de Portugal, abrir un segundo frente en la Península.

1706-1707. Tras la conquista de Barcelona por el archiduque y el fracaso de Felipe V en su intento de recuperar la capital del Principado, el partido borbónico está al borde del colapso pero consigue sobreponerse y derrotar a los aliados en Almansa.

1708-1709. Los borbónicos consolidan los reinos de Valencia y Aragón llevando el frente oriental hasta el Ebro y el Segre mientras contienen a los aliados en Portugal.

¹¹ MACAULAY, *op. cit.* págs. 197-198.

1710. El archiduque ejecuta un nuevo avance sobre Madrid, derrotando al ejército borbónico en Almenar y Zaragoza, pero tampoco puede mantenerse mucho tiempo en la capital de la Monarquía y sus fuerzas son derrotadas y rechazadas hacia Cataluña.

1711-1712. La muerte del emperador José I y el acceso de su hermano el archiduque al solio imperial facilitaron las negociaciones de paz y la evacuación del ejército aliado estacionado en Cataluña.

1713-1714. Cataluña, donde permanecen los restos del ejército del archiduque, decide resistir sola a los dictados de Felipe V con la vana esperanza de recibir ayuda por parte del emperador o de sus antiguos aliados.

Queda fuera de este esquema el período inicial del conflicto ya que, aunque se podría considerar iniciada la guerra de Sucesión en 1701, por entonces solo combate el emperador en Italia, mientras que en España es reconocido Felipe de Anjou por todos los territorios de la Monarquía y la guerra todavía no ha llegado a la Península. Se cierra la última fase con la rendición de Barcelona en septiembre de 1714, «la última llama del incendio que devastó durante tanto tiempo la parte más bella de Europa, por el testamento de Carlos II, rey de España», en palabras de Voltaire¹². Aunque los acuerdos de paz entre los beligerantes se firmaron en Utrecht (1713) y Rastatt-Baden (1714), Felipe V no llegó a un acuerdo con su rival austriaco hasta 1725. La capitulación de Mallorca e Ibiza, todavía en manos austracistas tras la sumisión de Barcelona, se llevó a cabo en 1715, año que puede tomarse como el de cierre del conflicto. Sin embargo, Felipe V fue más lejos al ordenar las expediciones de Cerdeña (1717) y Sicilia (1718) en lo que podría considerarse como una continuación natural de la guerra de Sucesión en Italia. Pero todas las potencias europeas, incluso Francia, se opusieron al irredentismo mediterráneo del monarca español, una política que infringía manifiestamente los acuerdos contraídos en Utrecht y ponía en peligro el equilibrio de poderes instaurado en Europa. Teniendo en cuenta que este último conflicto fue bautizado como guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1721), para la guerra de Sucesión española se suelen aceptar como fechas límites los años 1701 y 1715, aunque las campañas propiamente peninsulares abarquen el período 1702-1714.

¹² VOLTAIRE: *El siglo de Luis XIV*. Fondo de Cultura Económica. México, 1996, pág. 253.

3.1. En busca de una cabeza de puente: 1702-1705

Declarada la guerra el 15 de mayo de 1702, la Gran Alianza apremió los preparativos para una expedición sobre Cádiz en un intento de perturbar las rutas de comercio españolas y apoderarse de un enclave fácilmente defendible que pudiera servir de cabeza de puente para una invasión de España. Por entonces, Portugal no había entrado en guerra y la única posibilidad de poner el pie en la Península pasaba por un desembarco anfibio. Las potencias marítimas hubieran preferido dirigir su flota hacia el Caribe hispano, pues en el tratado consignado con el emperador se estipulaba que ingleses y holandeses podrían quedarse, «para beneficio y ampliación de la navegación y comercio de sus súbditos»¹³, con cualquier región o ciudad que conquistaran en los dominios españoles de Indias. Pero la corte de Viena, representada en Londres por el príncipe de Hessen-Darmstadt¹⁴, insistió en que la armada aliada debía actuar principalmente en el Mediterráneo. Darmstadt había sido virrey de Cataluña y tenía esperanzas de que los catalanes se alzaran en armas contra Felipe V al ver aparecer la flota en sus costas. Los aliados, en cambio, veían muy venturosa esta idea y ya tenían puesto el punto de mira sobre Cádiz y el comercio español. Al frente de este proyecto, por especial deseo del difunto rey Guillermo (†8 de marzo de 1702), se puso a Darmstadt, a pesar de que no contaba con fuerzas imperiales que pudieran ratificar esta posición de privilegio.

La armada aliada partió de Inglaterra a finales de julio de 1702¹⁵. Se componía de aproximadamente 150 barcos –al mando del almirante Sir George Rooke– y una fuerza de desembarco de 14.000 hombres, entre tropas inglesas y holandesas puestas respectivamente a las órdenes del duque de Ormond¹⁶ y del barón Spaar. Después de detenerse en Lisboa para decantar el ánimo del rey portugués hacia la Alianza, la flota fue avistada en Cádiz a finales de agosto. El capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias¹⁷, tenía a su disposición en la bahía tan solo 3.000 hombres y las milicias que pudiera movilizar. Tras intimar sin resultado la rendición de la guarnición de Cádiz, los aliados iniciaron el desembarco cerca de Rota,

¹³ *A collection of all the treaties of peace, alliance, and commerce, between Great-Britain and other powers...* J. Almon, London, 1772, vol. 1, pág. 43.

¹⁴ Georg von Hessen-Darmstadt (1669-1705). *Vid.* SEGURA, Germán: «El príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt (1669-1705): La Historia detrás del Mito», en *Ares Enyalius*, núm. 34, 2013, págs. 6-13.

¹⁵ *Vid.* SEGURA, Germán: «Cádiz, 1702: El asalto aliado durante la guerra de Sucesión», en *Revista de Historia Militar*, núm. 97, 2005, págs. 151-178.

¹⁶ James Butler, II duque de Ormond (1665-1745).

¹⁷ Francisco del Castillo y Fajardo, II marqués de Villadarias (1642-1716).

donde la caballería española al mando del general Félix Ballaró intentó oponerse, aunque pronto se vio superada por las fuerzas enemigas. Después de ocupar sin resistencia el Puerto de Santa María, las tropas aliadas continuaron su avance hacia Puerto Real. Sin embargo, la bahía de Cádiz estaba dotada de un sistema de fortificaciones que demostró su eficacia durante el ataque. Además, la escuadra de galeras del conde Fernán Núñez¹⁸ se encontraba fondeada en el puerto y dificultaba también las operaciones terrestres. Varios intentos de forzar la entrada de la bahía –barrada con una cadena– acabó por frustrar el ataque aliado, cuyas fuerzas expedicionarias se dedicaron antes de reembarcar a saquear despiadadamente las poblaciones ocupadas. Esta torpe política pasó factura a la causa austracista ya que, como señala Castellví, «quedó radicada en las Castillas la aprehensión que era premeditado y positivo orden de los aliados los saqueos y sacrilegios, como preliminares de pervertir la religión»¹⁹.

Tras levantar anclas, la escuadra aliada puso rumbo a Portugal, donde Rooke recibió noticias de que la flota de Indias había sido avistada y se dirigía hacia Galicia. El almirante inglés la encontró a finales de octubre refugiada en el fondo de la ría de Vigo. Consistía en una veintena de galeones mercantes protegidos por una escuadra de tres galeones españoles y 15 navíos franceses al mando conjunto de Manuel de Velasco y del marqués de Châteaurenau²⁰. Los borbónicos estaban desembarcando las mercancías cuando se divisó la escuadra anglo-holandesa, la cual empezó por ocupar los fuertes españoles del estrecho de Rande antes de proceder a romper las cadenas que cerraban el acceso a la ensenada. Superadas las defensas, las naves aliadas, superiores en número, embistieron a la flota de Indias y se apoderaron de algunos mercantes, si bien los borbónicos optaron por hundir los galeones con sus mercancías para evitar que el enemigo se apoderara del precioso botín. Afortunadamente para estos, gran parte de la plata ya había sido desembarcada y acabó depositada en el Alcázar de Segovia antes de ser remitida a sus propietarios²¹.

A finales de 1702 la corte de Madrid solicitó a Luis XIV el envío de tropas a España en previsión de que Pedro II de Portugal se decidiera a entrar en guerra. En efecto, los aliados habían presionado al monarca portugués para que se apartara del tratado firmado con las Dos Coronas en 1701. El

¹⁸ Francisco Gutiérrez de los Ríos, III conde de Fernán Núñez (1644-1721).

¹⁹ CASTELLVÍ, Francisco: *Narraciones Históricas*. Fundación Elías de Tejada y Pèrcopo, Madrid, 1997, vol. I, pág. 368.

²⁰ François Louis de Rousselet, marqués de Châteaurenault (1637-1716).

²¹ Vid. MOLINERO, José Luis: «La flota de Vigo y posteriores sucesos en el Archivo General de Indias», en *La Guerra de Sucesión en España y América*, Actas X Jornadas Nacionales de Historia Militar, Sevilla, 2000, págs. 637-650.

almirante de Castilla²², el más destacado exiliado austracista, fue uno de los artífices de la entrada de Portugal en la Gran Alianza (16 de mayo de 1703) y también de convencer al emperador para que proclamara al archiduque Carlos como rey de España (13 de septiembre de 1703) antes de enviarlo a la Península. El almirante levantó en Portugal el primer regimiento de infantería española al servicio del pretendiente austriaco.

En verano de 1703 la flota aliada al mando del almirante Sir Cloudesley Shovel llevó a cabo una expedición al Mediterráneo, desembarcando 2.500 hombres en Altea. Sin embargo, faltos de víveres y acosados por los paisanos armados, tuvieron que reembarcar y poner rumbo hacia la costa francesa, donde esperaban socorrer el levantamiento de los camisards (hugonotes).

El 9 de marzo de 1704 llegó el archiduque Carlos a Lisboa y publicó, pocos días después, un manifiesto a los españoles instándoles a sacrificarse por su causa. Felipe V, en respuesta, declaró la guerra a Portugal (30 de abril) concentrando en la frontera a más de 40.000 hombres divididos en cuatro cuerpos de ejército. La primera campaña peninsular se inició a primeros de mayo con una ofensiva borbónica por el valle del Tajo en dirección a Abrantes. Felipe V tomó el mando supremo del ejército borbónico, secundado por el duque de Berwick²³, quien dirigió las operaciones. Las tropas aliadas, fuertes en 25.000 hombres y formadas por contingentes ingleses, holandeses y portugueses, estuvieron al mando respectivo del duque de Schomberg, del general Fagel y del marqués de Las Minas²⁴. Los borbónicos penetraron en Portugal y conquistaron con prontitud una serie de plazas fuertes, encontrando más resistencia en las poblaciones sin fortificar. Pero el avance principal no se vio acompañado por el príncipe Tserclaes²⁵, que debía marchar en paralelo por el sur del Tajo. La falta de artillería y el excesivo calor frenaron la ofensiva borbónica y sus tropas se retiraron a los cuarteles de descanso después de dismantelar las fortificaciones de las plazas que no pudieron guarnecer. Por otro lado, en el campo aliado, la inactividad del duque de Schomberg y su falta de concierto con los otros generales provocaron en Inglaterra su sustitución por el conde de Galway²⁶.

Mientras tanto, a inicios de mayo, otra fuerza expedicionaria aliada salía del puerto de Lisboa rumbo al Mediterráneo. La escuadra estaba al mando del almirante Rooke y se componía de medio centenar de buques ingleses

²² Juan Tomás Enríquez de Cabrera, XI almirante de Castilla (1646-1705).

²³ James Fitz-James, I duque de Berwick (1670-1734).

²⁴ Meinhardt Schomberg, III duque de Schomberg (1641-1719); François Nicolas Fagel (1655-1718); Antonio Luis de Sousa, II marqués de Las Minas (1644-1721).

²⁵ Alberto Octavio T'Serclaes de Tilly (1646-1715).

²⁶ Henri de Massue, I conde de Galway (1648-1720).

y una decena de holandeses, sin contar otros barcos auxiliares. El príncipe Darmstadt propuso desembarcar en Barcelona, donde estaba seguro de sus contactos y esperaba una rebelión popular a favor del archiduque. El 28 de mayo de 1704 llegaba a aguas de la Ciudad Condal e iniciaba, en los días sucesivos, el desembarco de 3.500 hombres a orillas del río Besós. La guarnición de la ciudad no era numerosa (2.200 hombres) pero el virrey de Cataluña, Francisco de Velasco, solicitó el concurso de la milicia urbana. Los planes aliados resultaron un fracaso ya que dependían del apoyo de los catalanes y estos no secundaron la empresa como se esperaba. Además, una conspiración que pretendía librar una puerta de la ciudad a los atacantes fue desarticulada a tiempo y Darmstadt tuvo que desistir definitivamente. Los aliados reembarcaron sus tropas, a las que se unieron algunos disidentes catalanes, y pusieron rumbo a Niza antes de retroceder hacia el estrecho de Gibraltar.

El 28 de julio, frente a la costa de Tetuán, el almirante Rooke convocó en su barco un consejo de guerra para decidir dónde se podría utilizar la todavía potente fuerza expedicionaria. Desechado un nuevo intento sobre Cádiz –donde también se había descubierto una conjura– el punto de mira aliado se puso sobre Gibraltar, plaza codiciada por los ingleses dada su posición estratégica y condición de llave del Mediterráneo. La ciudad andaluza estaba gobernada por el sargento mayor Diego de Salinas y la guarnición se componía de un centenar de soldados deficientemente equipados, a los que se podían unir otros quinientos hombres de las milicias. Había muy pocos artilleros –del todo necesarios para un asedio– y el centenar de cañones que había en la plaza tampoco estaban en las mejores condiciones. Salinas había tenido la ocasión de exponer ante el capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias, el estado de indefensión en el que se encontraba Gibraltar en caso de un posible asalto aliado. Sin embargo, las principales fuerzas franco-españolas se hallaban entonces en la frontera de Portugal y las pocas tropas que podía disponer Villadarias apenas aseguraban la defensa de Cádiz. Tras un intenso bombardeo de los fuertes de Gibraltar y varias oleadas de desembarco, los aliados aprovecharon la confusión provocada por la explosión de una mina para instalarse en el muelle nuevo, separando la plaza del santuario de Nuestra Señora de Europa, donde se habían refugiado las mujeres y niños. En estas condiciones, los defensores decidieron capitular el 4 de agosto antes de sufrir el asalto definitivo y el más que previsible saqueo.

En Gibraltar quedó Darmstadt como gobernador, mientras que la flota aliada salía a mar abierto para enfrentarse a la franco-española –al mando del conde de Tolosa²⁷– que se aproximaba al estrecho. Las dos escuadras tenían

²⁷ Luis Alejandro de Borbón, conde de Tolosa (1678-1737).

medio centenar de navíos de línea y se avistaron el 24 de agosto frente a las costas de Málaga. El combate consistió en un intenso cañoneo que duró más de siete horas y, aunque ningún barco fue hundido, la escuadra aliada salió peor parada, si bien consiguió el objetivo estratégico de retener Gibraltar.

A finales de octubre de 1704, siguiendo órdenes de Felipe V, el marqués de Villadarias se presentó ante Gibraltar para recuperarla, a pesar de lo adelantado de la estación y de que los aliados eran los dueños del mar. Más tarde, el mariscal de Tessé²⁸ se incorporó con refuerzos y las tropas borbónicas hicieron grandes progresos. Sin embargo, los aliados contaban con el apoyo de Muley Ismael, sultán de Marruecos, quien bloqueaba Ceuta desde 1694 y proporcionó socorros a la guarnición gibraltareña. También el gobernador otomano de Argel presionó sobre Orán –que cayó en 1708– distrayendo recursos borbónicos. Pero el sitio continuó hasta la primavera de 1705, momento en que la escuadra que apoyaba a los sitiadores fue destruida por una flota aliada que introdujo un potente socorro en Gibraltar, suspendiéndose indefinidamente las operaciones contra la plaza.

Desguarnecida la frontera de Portugal durante el sitio de Gibraltar, los aliados pasaron a la ofensiva e invadieron Castilla con 30.000 hombres, si bien Berwick pudo contenerlos en Ciudad Rodrigo. Reemplazado Berwick por Tessé, el ejército aliado retomó la ofensiva a primeros de 1705 conquistando las plazas de Salvatierra, Marvao, Valencia de Alcántara y Alburquerque. Los esfuerzos se concentraron posteriormente en la plaza de Badajoz –defendida por 5.000 hombres entre soldados y milicias– atacada en fuerza durante el mes de octubre. El mariscal de Tessé contó con un ejército de socorro de 20.000 hombres, mientras que Galway, Fagel y Las Minas tenían en su campo 30.000 hombres. Al final, tras 16 días de sitio, los aliados se retiraron hacia Portugal sin ser perseguidos por las fuerzas franco-españolas²⁹.

Para la campaña de 1705 los aliados decidieron también organizar una nueva operación de desembarco en Barcelona. El príncipe de Darmstadt defendió tenazmente esta opinión y recibió el valioso apoyo de los ingleses que, por otro lado, tenían órdenes precisas de emprender el ataque de Barcelona. Los agentes ingleses estaban en contacto con varios disidentes catalanes y habían suscrito en Génova un tratado por el que estos se comprometían a prestar su apoyo a la causa del archiduque Carlos y a levantar 6.000 hombres a la llegada de la flota aliada. Los consejos del almirante de Castilla, contrario a esta expedición, no fueron atendidos ya que consideraba que «dirigiéndose las armas a Cataluña, esto haría más pertinaces las Castillas,

²⁸ René III de Froulay, conde de Tessé (1648-1725).

²⁹ SÁNCHEZ RUBIO, Antonio (coord.): *Historia e Imagen de un asedio. Badajoz 1705*. Editorial 4 Gatos, Badajoz, 2010.

que juzgarían presumía la Corona de Aragón darles rey; que empezar por Cataluña la guerra era animar una guerra civil que arruinaría la España e imposibilitaría ocupar el rey Carlos el cetro...»³⁰.

La flota aliada en la que viajaba el mismo archiduque Carlos salió de Lisboa en julio de 1705 y se componía de unas 60 naves y más de 20.000 hombres. Apareció frente a Cádiz a mediados de julio pero, después de recibir algunos cañonazos, continuó su ruta hacia Gibraltar donde embarcó Darmstadt. A primeros de agosto los aliados intentaron reducir Alicante pero solo pudieron ocupar Altea y Denia, donde se desembarcaron algunas tropas al mando del general Basset³¹ con la misión de provocar el levantamiento de los pueblos valencianos contra Felipe V. Finalmente, la flota aliada se presentó frente a Barcelona el 22 de agosto. Inmediatamente, las instituciones catalanas se ofrecieron al virrey para defender la plaza. Había por entonces en la ciudad 6.000 infantes y casi 800 caballos, pero la desconfianza de Velasco hacia los catalanes le indujo a no movilizar la milicia urbana que le hubiera garantizado una defensa más eficaz y la participación activa de las corporaciones locales en la lucha contra los aliados. El desembarco del archiduque con casi 14.000 hombres no causó inicialmente los efectos esperados en la población catalana. Pese a los esfuerzos del príncipe de Darmstadt, el levantamiento austracista no acababa de fraguarse. Esta circunstancia hacía que los aliados no se resolvieran a atacar la ciudad de Barcelona e incluso barajaran la posibilidad de llevar la flota a Niza. Pero la obstinación de Darmstadt inclinó al jefe inglés, el duque de Peterborough³², a intentar un ataque al castillo de Montjuich que daría un vuelco a las expectativas de triunfo de los aliados. La muerte del príncipe de Darmstadt, herido mortalmente ante los muros de la fortaleza, no hizo más que ensalzar su figura y despertar el espíritu de lucha de muchos catalanes. El archiduque lanzó un ultimátum a los españoles y las adhesiones empezaron a hacerse desde entonces más frecuentes, recibándose la sumisión de buena parte de la nobleza que hasta el momento había permanecido a la expectativa. Las operaciones se aceleraron con el bombardeo de la ciudad desde tierra y desde mar, de forma que a primeros de octubre ya había brecha practicable para el asalto aliado. El virrey Velasco aceptó la oferta de capitulación y las tropas borbónicas evacuaron la plaza dejándola en manos del archiduque Carlos, que fue proclamado rey de la Monarquía española por las instituciones de Cataluña³³.

³⁰ CASTELLVÍ, *op. cit.* vol. 1, pág. 510.

³¹ Juan Bautista Basset Ramos (1654-1728).

³² Charles Mordaunt, III duque de Peterborough (1658-1735).

³³ *Vid.* SEGURA, Germán: «La toma de Barcelona por el archiduque Carlos (1705): Un episodio relevante en la Guerra de Sucesión», en *Revista Ejército*, núm. 782, 2006, págs. 89-96.

3.2. Felipe V contra las cuerdas: 1706-1707

Al tiempo que Barcelona estaba siendo asediada, Cataluña permanecía indefensa contra los aliados, quienes se apresuraron a sacar partido de su superioridad local. Las poblaciones marítimas eran las más expuestas a la armada anglo-holandesa y fueron cayendo en cadena con excepción de Rosas, que se mantuvo en manos borbónicas durante toda la guerra. En el interior, las partidas austracistas recorrieron los pueblos indefensos proclamando al archiduque Carlos como rey de España. La mayoría de los catalanes, aunque se inclinaban al dominio austriaco, dudaban a la hora de pronunciarse decididamente a favor de uno de los dos bandos y solo la presencia de las tropas condicionaba a menudo su adhesión a la causa. Los aliados llegaron hasta los confines de Aragón, donde el oportuno envío de tropas francesas consiguió frenarles en el río Cinca. En Levante, el bloqueo de Denia por parte de las fuerzas borbónicas fracasó al producirse la defección del regimiento del coronel Nebot³⁴, de manera que Basset se apoderó de Valencia a finales de 1705 con la ayuda del paisanaje austracista (*maulets*). Sin embargo, los felipistas se resistieron a abandonar el reino y combatieron con ventaja en Chiva y Burjasot, incomodando a la misma guarnición de Valencia.

La campaña borbónica de 1706 tenía por objetivo la recuperación de Barcelona con Felipe V al frente de su ejército. El mariscal Tessé se encontraba en Caspe al mando de 12.000 hombres cuando llegó el monarca con 300 guardias de corps a mediados de marzo. Al conde de la Torres³⁵ se le dio la misión de retener fuerzas austracistas en el reino de Valencia mientras el ejército borbónico se internaba en Cataluña. A principios de abril llegó Felipe V ante Barcelona, donde se le reunieron las tropas francesas del duque de Noailles³⁶ –que habían entrado por el Ampurdán– y la escuadra de bloqueo del conde de Tolosa. El archiduque Carlos, atendiendo los ruegos de las instituciones catalanas, decidió permanecer en Barcelona a pesar del inminente peligro. Por primera vez se encontraron frente a frente los dos pretendientes al trono español.

El ataque borbónico se dirigió hacia el castillo de Montjuich, fortaleza que dominaba la ciudad de Barcelona y cuya posesión permitía el bombardeo eficaz de la misma. Tras la conquista de la estratégica posición, los sitiadores cañonearon el cuerpo de la plaza y abrieron brecha en sus defensas. La capital del Principado estuvo a punto de sufrir el asalto y posiblemente hubiera sido recuperada por los borbónicos de no mediar la intervención de

³⁴ Rafael Nebot Font (1665-1733).

³⁵ Cristóbal de Moscoso Montemayor y Eslava, I conde de las Torres de Alcorrín (1660-1749).

³⁶ Adrien Maurice de Noailles, III duque de Noailles (1678-1766).

la escuadra del almirante Sir John Leake, que obligó a retirarse a la francesa del conde de Tolosa e introdujo refuerzos en la plaza. En estas condiciones, sin flota de apoyo y superado en número, Felipe V decidió levantar el sitio y retirarse hacia la frontera francesa. Grandes cantidades de material y víveres tuvieron que ser abandonados para facilitar la marcha a unas fuerzas borbónicas acosadas por las partidas austracistas y que perdieron buena parte de sus efectivos antes de llegar al Rosellón, «porque sólo obedecía entonces al señor Felipe V lo que pisaban sus tropas, estrechadas de suerte por el paisanaje que ocupaba las avenidas de tierra que era inevitable la muerte o la prisión en los que sueltos se apartaban del campo un cuarto de legua»³⁷.

Mientras tanto, Berwick se había hecho de nuevo cargo del ejército que operaba en la frontera portuguesa frente a unas fuerzas aliadas muy superiores, en torno a los 25.000 hombres. Poco pudo hacer para contener el avance de Las Minas y Galway sobre Alcántara –cuya rendición dejó en abril a 5.000 borbónicos fuera de combate– y Ciudad Rodrigo que cayó al mes siguiente. Por entonces llegó la noticia del fracaso de Felipe V ante Barcelona y de su marcha a Francia. Galway decidió avanzar hacia Madrid para facilitar la inmediata contraofensiva austracista desde Cataluña. Las únicas fuerzas que se interponían entre el archiduque y el trono en Madrid eran las tropas de Berwick y las del conde de las Torres, quien tuvo que abandonar sus recientes conquistas de Alcira y Cullera para reunirse con el primero. En Valencia, las fuerzas aliadas al mando de Peterborough sometieron todas las plazas borbónicas –el castillo de Santa Bárbara en Alicante resistió hasta 7 de diciembre– y combatían ya en los márgenes del río Segura, frente a una Murcia defendida por el obispo de Cartagena monseñor Belluga³⁸. La flota de Leake también acabó forzando la sumisión de las islas Baleares con excepción del castillo de San Felipe, en Menorca, que resistiría hasta 1708.

A finales de junio salió de Barcelona el archiduque Carlos para unirse con las fuerzas de Peterborough en Valencia, pero recibió noticias de que el ejército de Portugal se hallaba próximo a Madrid y que el reino de Aragón estaba dispuesto a defender su causa. Seguro de esta posibilidad, el archiduque optó por dirigirse hacia Zaragoza y seguir desde allí a Madrid en lugar de utilizar la ruta de Valencia, como aconsejaba el general Stanhope³⁹. Por otro lado, desoyendo a Berwick que le aconsejaba restablecerse en Burgos, Felipe V había regresado a la capital tras su periplo a través de Francia para retirarse de nuevo ante el avance aliado. Ocupada Madrid a finales de junio, Berwick concentró sus tropas entre Jadraque y Sopretán, donde Felipe V las arengó para atajar los

³⁷ LÓPEZ DE MENDOZA, *op. cit.* pág. 237.

³⁸ Luis Antonio de Belluga y Moncada (1662-1743).

³⁹ James Stanhope, I conde de Stanhope (1673-1721).

conatos de desertión y asegurarles que, llegado el caso, moriría con ellos al frente de un solo escuadrón o batallón en «defensa de la religión, de su honor y de la nación»⁴⁰. Los refuerzos franceses estaban en camino y el apoyo resuelto de los pueblos castellanos impidió la consolidación de la retaguardia aliada y facilitó la continua intercepción de sus líneas de comunicación. De esta forma, la entrada de los aliados en Madrid fue recibida con frialdad por el pueblo y no supuso ni mucho menos el fin de Felipe V en España, como auguraban los austracistas. Es más, la falsa seguridad y la pasividad de los aliados en Madrid provocaron que sus tropas cayeran pronto en el ocio y el vicio. Sus generales descuidaron perseguir al enemigo debilitado, expulsándole de sus posiciones en torno a Guadalajara y evitando cualquier posibilidad de que se rehiciera. Como recuerda Berwick en sus memorias:

«Si en lugar de demorarse en Madrid para allí proclamar al archiduque y aguardar noticias, me hubiesen perseguido de inmediato, me habrían derrotado sin duda alguna antes de que pudiera llegar al Ebro y recibir refuerzos, y entonces me habría costado trabajo rehacerme; además, a buen seguro les habría dado tiempo al archiduque y a milord Peterborough de reunirse con ellos»⁴¹.

Solo a mediados de julio, escaso de forrajes y en previsión de la llegada del archiduque Carlos por el camino de Zaragoza, Galway remontó el río Henares y descubrió una imprevista concentración de tropas borbónicas. Los aliados presionaron hacia Jadraque para reconocer la entidad de las fuerzas enemigas, pero tuvieron que replegarse hacia Guadalajara seguidos de cerca por Berwick. Los borbónicos ocuparon Alcalá el 3 de agosto cortando las comunicaciones de los aliados con Madrid, que fue recuperada para Felipe V al día siguiente. Al fin, a primeros de agosto llegaban el archiduque y Peterborough a Guadalajara juntando un ejército de 25.000 hombres, mientras que los borbónicos tenían cerca de 30.000 hombres y al pueblo castellano de su lado.

La estrategia aliada, a la espera de la llegada de refuerzos, consistía en mantener las comunicaciones abiertas con el Mediterráneo y Portugal, si bien los ingleses abogaban por dar batalla cuanto antes ya que los víveres empezaban a escasear y las partidas borbónicas al mando de oficiales de la talla de Cereceda, Bracamonte, Vallejo o Carrillo⁴² impedían un suministro fluido. El

⁴⁰ CASTELLVÍ, *op. cit.* vol. 2, pág. 143.

⁴¹ BERWICK, *op. cit.* págs. 243-244.

⁴² Juan de Cereceda y Carrascosa (1665-1743); Feliciano de Bracamonte Rodríguez; José de Vallejo y de la Canal; y José Carrillo de Albornoz y Montiel, futuro duque de Montemar (1671-1747).

ejército aliado era un combinado heterogéneo de fuerzas de distintas naciones y con varios generales celosos de su autoridad, lo que fue una continua fuente de disputas y acabó provocando la marcha de Peterborough, uno de los generales más cualificados. A mediados de agosto los aliados se desplazaron hacia Chinchón insinuando tomar la ruta de Portugal por el valle del Tajo, pero Berwick, siguiendo en marcha paralela los movimientos enemigos y adelantándose a su propósito, bloqueó esta ruta al tiempo que ordenaba al marqués de Bay⁴³ controlar desde Salamanca la llegada de los posibles refuerzos portugueses. Las hábiles disposiciones de Berwick, amenazando con cortar la retirada de Valencia con amplios movimientos envolventes, precipitaron la retirada de los aliados hacia el Mediterráneo a finales de septiembre. La ciudad de Cuenca –guarnecida por las tropas austracistas de Juan de Ahumada⁴⁴– capituló el 10 de octubre a las tropas de Berwick, Orihuela y Elche fueron asaltadas y dadas a saco el mismo mes, y Cartagena se rindió el 18 de noviembre. Por otro lado, Armendáriz⁴⁵ recuperaba Alcántara en Extremadura y el general Pons de Mendoza⁴⁶ forcejeaba en la frontera de Aragón, donde sufrió un descalabro en Calamocha antes de acabar el año. Así concluyó la campaña de 1706, comenzada con tan malos auspicios para los borbónicos pero que, gracias a los errores de los generales aliados y a la lealtad del pueblo castellano, terminó positivamente para Felipe V.

En marzo de 1707 los dos pretendientes al trono español estaban preparados para entrar de nuevo en campaña. El mando del ejército borbónico en las fronteras de Valencia recayó de nuevo en Berwick a la espera de que se incorporara el duque de Orleans⁴⁷, enviado por su tío Luis XIV para hacerse cargo de las tropas en España. Las fuerzas con que contaba Berwick ascendían a 30.000 infantes y 7.000 caballos. En cuanto a los aliados, reunidos en consejo de guerra habían tomado la resolución de defender Cataluña frente a la amenaza que representaban las tropas francesas desplegadas en el Rosellón. Sin embargo, la llegada a Alicante de una flota anglo-holandesa con 7.000 hombres de refuerzo –la mayoría hugonotes– e instrucciones de la reina Ana de Inglaterra para que todo su ejército se encaminara por la cabeza del Tajo hacia Madrid significó un cambio de planes. Así, el ejército aliado se concentró en Fuente de la Higuera liderado por milord Galway y

⁴³ Alexandre Maître de Bay y Portier, I marqués de Bay (1650-1715). Nacido en Salins, Franco Condado.

⁴⁴ Juan de Ahumada y Cárdenas (1669-1726). Capitán de caballos en tiempos de Carlos II.

⁴⁵ José de Armendáriz y Perurena, I marqués de Castelfuerte (1670-1740). Virrey del Perú (1724-1736).

⁴⁶ Miguel Pons de Mendoza y Salbá, hermano del conde de Robres.

⁴⁷ Felipe, II duque de Orleans (1674-1723). Regente de Francia (1715-1723).

el marqués de la Minas con una fuerza estimada en 14.000 infantes y cerca de 5.000 caballos.

Mientras tanto, Berwick había dado las instrucciones precisas para disponer gran cantidad de almacenes con forrajes y grano en la frontera de Valencia y Murcia. El 8 de marzo ocupó Elda y Novelda, mientras sus avanzadas reconocían insistentemente la frontera y conseguían éxitos tan espectaculares como la captura de un regimiento inglés en las proximidades de Alicante, operación llevada a cabo por Cereceda, oficial muy valorado por Berwick:

«Era tal vez el mejor partisano de Europa, audaz pero avisado; poseía además un notable talento para el estudio del terreno, las marchas y el resto de maniobras militares. Advertí en él tal capacidad, tan buen sentido y tantas cualidades para nuestro oficio que todo se lo consultaba y en más de una ocasión me arrepentí de no haber seguido sus consejos»⁴⁸.

La concentración del ejército aliado en las proximidades del boquete de Almansa desveló a los ojos de Berwick las intenciones de los generales enemigos. El jefe borbónico estaba todavía a la espera de reunir sus fuerzas con las de Orleans y por ello obró con extrema precaución durante los compases previos a la batalla de Almansa. Sabedor que los aliados marchaban hacia su campamento en Yecla, el duque de Berwick eludió el combate y se internó en La Mancha seguido de cerca por las fuerzas enemigas. Con el fin de situar su ejército en terreno ventajoso, Berwick marchó el día 18 de abril hacia Almansa, donde se encontraba almacenado suficiente grano para sus tropas, mientras que los aliados, después de haber arruinado los depósitos borbónicos de Caudete, Yecla y Montealegre, se concentraban en la toma de Villena. Descartado el auxilio de esta plaza debido a la fortaleza del dispositivo aliado, Berwick optó por dirigir un destacamento hacia Ayora con el objeto de entorpecer los convoyes del ejército enemigo y conseguir forrajes para el suyo. Los avisos que tenían los aliados de los movimientos borbónicos les obligaron a levantar el sitio de Villena y acampar a 20 km de Almansa, en los alrededores de Caudete.

Reunidos los generales aliados en consejo de guerra para determinar la estrategia a seguir, quedó de nuevo patente la falta de liderazgo y la heterogeneidad de pareceres en el seno del ejército austracista. Mientras los portugueses consideraban que se debía atacar a Berwick antes de la incorporación del duque de Orleans, los ingleses y holandeses insistían en que se habían de proteger las comunicaciones con Valencia y no estaban dispuestos

⁴⁸ BERWICK, *op. cit.* pág. 261.

a entrar en combate general con tropas tan poco experimentadas como las portuguesas. Sin embargo, la obstinación del marqués de las Minas, junto con la noticia de que Berwick había enviado un destacamento hacia Ayora y peligraban seriamente las vías logísticas aliadas, acabó inclinando el parecer de Galway y se resolvió finalmente atacar a las fuerzas borbónicas en su campamento de Almansa. La batalla tuvo lugar el 25 de abril⁴⁹, donde los aliados desplegaron cerca de 18.000 hombres contra unos 25.000 borbónicos superiores tanto en infantería (proporción de 4 a 3) como en caballería (3 a 2). A pesar del éxito inicial aliado sobre el centro borbónico, las acertadas disposiciones de Berwick obligaron a las alas derecha e izquierda aliada a abandonar el campo, donde solo resistió infructuosamente la infantería que había quedado copada gracias a la intervención de José de Amezaga⁵⁰ y que acabó muerta o prisionera de los borbónicos. A la mañana siguiente, trece batallones aliados –cinco ingleses, dos holandeses, tres hugonotes y tres portugueses– se entregaron a Berwick y acabaron de consumir el desastre de la infantería austracista. Las bajas de ambos ejércitos ascendieron a 5.000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos, y cerca de 8.000 prisioneros en el bando aliado, y 2.500 bajas en el borbónico.

La derrota del ejército aliado en Almansa trajo consigo la rápida ocupación de la mayor parte de los reinos de Valencia y Aragón. Tras rendir Requena el 3 de mayo, Berwick se dirigió hacia Valencia y Tortosa persiguiendo a los restos de las tropas aliadas, mientras Asfeld⁵¹ reducía la población de Játiva a cenizas después de una enconada resistencia de la guarnición. Orleans marchó al frente de Aragón entrando sin resistencia en Zaragoza el 26 de mayo, al tiempo que los aliados se posicionaban en el Cinca para detener el avance borbónico hacia Lérida. Reunidas en Candanos, las fuerzas de Orleans y Berwick pasaron el Cinca ocupando sucesivamente Fraga, Mequinenza y Monzón para iniciar el sitio de Lérida a finales de septiembre tras asegurar la derecha del Segre con la ocupación de Balaguer. Enrique de Hesse⁵² era el gobernador de la plaza de Lérida, defendida con apenas mil soldados que se retiraron al castillo cuando los borbónicos atacaron la brecha. La ciudad fue saqueada y la guarnición, falta de socorros, tuvo que capitular con honores el 11 de noviembre.

⁴⁹ Vid. SÁNCHEZ MARTÍN, Juan Luis: «Almansa 1707: Las Lises de la Corona», en *Researching and Dragona*, núm. 5, 7 y 8, 1998-9; PREGO, Alberto (coord.): *Almansa, 25 de abril 1707: un día en la historia de Europa*. Ed. Erein. Donosita, 2005; y SEGURA, Germán: «Almansa (1707): la nueva infantería española en acción», en *Revista de Historia Militar*, núm. 102, 2007, págs. 245-281.

⁵⁰ José Hurtado de Amezaga y Unzaga (1670-1718).

⁵¹ Claude François Bidal, I marqués de Asfeld (1665-1743).

⁵² Heinrich von Hessen-Darmstadt (1674-1740). Hermano de Georg von Hessen-Darmstadt.

En los otros frentes el avance borbónico fue igualmente espectacular: el duque de Noailles se apoderó el 28 de septiembre de Puigcerdá en la Cerdeña, el marqués de Bay tomó al asalto Ciudad Rodrigo el 4 de octubre y el marqués de Arennes Morella el 17 de diciembre. Los aliados solo se mantenían en Cataluña y en las poblaciones levantinas de Alicante, Alcoy y Denia.

3.3. Consolidación borbónica: 1708-1709

Mientras en España proseguía a menor ritmo la recuperación borbónica, los ejércitos de las Dos Coronas se vieron obligados a abandonar sucesivamente el ducado de Milán (1706), Nápoles (1707) y Cerdeña (1708). Del mismo modo, en Flandes los aliados se impusieron en Ramillies (1706), Oudenaarde (1708) y Malplaquet (1709), desvaneciéndose la presencia española en aquellas tierras.

El año 1708 comenzó en España con la toma y saqueo de Alcoy por las tropas borbónicas al mando de Mahony⁵³. En el Ebro, Orleans y Asfeld convergieron sobre Tortosa con 30.000 hombres a finales de mayo, mientras Noailles avanzaba por el Ampurdán. El mando aliado en Cataluña había recaído en el conde de Starhemberg⁵⁴, quien reforzó Tortosa y estableció un campo atrincherado en Cervera para observar las operaciones borbónicas. Noailles fue contenido por los austracistas en el Ter, pero Tortosa tuvo que claudicar el 15 de julio. Asfeld retornó a Valencia para someter Denia –tomada al asalto el 17 de noviembre– y sitiar Alicante. Ocupada la ciudad el 3 de diciembre, la guarnición inglesa se retiró al castillo de Santa Bárbara y no capituló hasta el 17 de abril de 1709, sin esperanza de auxilio y tras sufrir importantes bajas un mes antes al hacer estallar los borbónicos una mina que derrumbó parte de las murallas. Esta fue la última resistencia austracista en el reino de Valencia.

En la frontera portuguesa, el frente estuvo estabilizado hasta la primavera de 1709 en que Galway y el marqués de Fronteira⁵⁵ se pusieron al mando de un ejército anglo-portugués fuerte en más de 20.000 hombres y salieron al encuentro de las fuerzas borbónicas acampadas cerca de Badajoz. El 7 de mayo se enfrentaron en la batalla de La Gudiña, donde el marqués de Bay, ligeramente inferior en número, consiguió una meritoria victoria gracias a la enérgica actuación de la caballería española.

⁵³ Daniel O'Mahony, I conde de O'Mahony (†1714).

⁵⁴ Guido Wald Rüdiger, conde de Starhemberg (1657-1737).

⁵⁵ Fernando Mascarenhas, II marqués de Fronteira (1655-1729).

En Aragón, el ejército borbónico –próximo a los 40.000 hombres– estaba liderado por el conde de Aguilar y el marqués de Bezons⁵⁶, cuya falta de compenetración permitieron a Starhemberg ocupar Balaguer el 28 de julio a pesar de que sus fuerzas ascendían a 20.000 infantes, 7.000 caballos y 3.000 fusileros de montaña o migueletes. El mismo Felipe V se tuvo que hacer cargo del ejército borbónico en la plana de Urgell, pero no pudo desalojar a los austracistas de sus posiciones en el margen izquierdo del Segre. Por entonces, la fatiga de Francia había llegado al límite y Luis XIV se vio obligado a retirar sus fuerzas de España como condición previa a unos acuerdos de paz que no fructificaron.

En 1709, un invierno rudo había asolado Europa destruyendo buena parte de los cultivos franceses y acabando de debilitar aún más un país sobre el que había recaído principalmente el peso de la guerra. En enero, el papa Clemente XI reconoció al archiduque Carlos como rey de la Monarquía española, lo que conllevó a fragilizar la situación internacional de Luis XIV y de Felipe V. El desánimo en la corte de Versalles aconsejaron al Rey Sol el envío de un emisario a la Haya, sede de la Gran Alianza, para negociar un acuerdo de paz con los aliados. La arrogancia de los holandeses impuso a España y Francia unas condiciones desorbitadas y no se pudo concretar ningún acuerdo. Los aliados no solo pedían la cesión de la Monarquía española al archiduque Carlos y avances ventajosos en las plazas de la barrera holandesa y Alsacia, sino que además exigían a Luis XIV que obligara a su nieto a abandonar España en el plazo de diez meses. Tras la derrota de Malplaquet, Luis XIV reanudó las negociaciones en marzo de 1710 en Gertruydenberg, cerca de Breda. Se barajaron distintas combinaciones para el reparto de los territorios de la Monarquía española entre los dos pretendientes, pero el punto que Luis XIV no quería abordar era la condición de declarar la guerra a su nieto o tomar alguna medida violenta contra él, como se le había exigido en negociaciones anteriores. Los aliados se mostraron de nuevo intratables y los delegados franceses se retiraron a París en julio de 1710 dejando recaer toda la responsabilidad de la continuación de la guerra sobre sus enemigos.

3.4. *El archiduque contraataca: 1710*

En previsión de que Luis XIV no se aviniera a las exigencias de la Gran Alianza, los aliados reforzaron sus fuerzas en la Península para intentar

⁵⁶ Íñigo de la Cruz Manrique de Lara, XI conde de Aguilar de Inestrillas (1673-1733) y Jacques Bazin de Bezons, marqués de Bezons (1646-1733).

arruinar las esperanzas de Felipe V, debilitado tras la retirada de las tropas francesas. La campaña principal tuvo lugar en la plana de Urgell, donde Starhemberg concentró cerca de 25.000 hombres frente a unas fuerzas borbónicas ligeramente superiores al mando del marqués de Villadarias. A pesar de que los aliados estaban sólidamente establecidos en Balaguer y el ingeniero Verboom⁵⁷ había desaconsejado cualquier ataque frontal, Villadarias desplegó imprudentemente sus tropas frente a la plaza sufriendo un fuerte cañoneo antes de retirarse hacia Bellcaire. Tanto Felipe V como el archiduque Carlos estaban de nuevo frente a frente, como si se fueran a jugar el todo por el todo en esta campaña.

Ante la incapacidad de abordar un sitio en regla de Balaguer, los borbónicos optaron por entorpecer las líneas de comunicación aliadas, lanzando partidas hacia el campo de Tarragona al tiempo que Mahony ocupaba Cervera y Carrillo el castillo de Calaf. Sin embargo, los aliados recibieron refuerzos que equilibraron los ejércitos y les permitieron pasar a la acción. Desde Balaguer, las avanzadas austracistas buscaron los pasos del Noguera Ribagorzana en pos de forrajes y amagando internarse en Aragón. El 27 de julio cruzó Stanhope por Alfarrás y topó en Almenar con la vanguardia borbónica que progresaba desde Lérida al mando del duque de Sarno⁵⁸. El combate de Almenar consistió en un violento choque de caballería en la que la borbónica llevó la peor parte y Felipe V estuvo a punto de ser capturado⁵⁹. El monarca Borbón, insatisfecho con la actuación de sus oficiales, escribió a su abuelo Luis XIV para solicitarle el envío de un general. Entretanto, se replegó hacia Aragón dejando Lérida guarnecida y mandó llamar al marqués de Bay desde la frontera de Portugal para hacerse con el mando del ejército de Cataluña. Los aliados se pusieron en marcha hacia Zaragoza y trataron de picar la retaguardia borbónica en Peñalba el 15 de agosto. Dos días más tarde cruzaban el Ebro por Pina y estaban frente al ejército borbónico posicionado en Monte Torrero, a las afueras de Zaragoza. En la batalla de Zaragoza (20 de agosto) se enfrentaron 25.000 aliados contra 20.000 borbónicos y resultó una nueva victoria para los aliados, «indecorosa a los vencidos, no por serlo, sino por no haber peleado», en palabras de Bacallar⁶⁰. El marqués de Bay se retiró hacia Tudela con poco menos de 10.000 hombres y Felipe V marchó directo hacia Madrid para disponer la concentración de refuerzos en

⁵⁷ Jorge Próspero de Verboom (1665-1744).

⁵⁸ Octavio de Medicis, II duque de Sarno (1660-1710).

⁵⁹ Vid. SEGURA, Germán: «Guerra de Sucesión española: el combate de Almenar (1710)», en *Revista de Historia Militar*, núm. 99, 2006, págs. 111-143.

⁶⁰ BACALLAR, Vicente (marqués de San Felipe): *Comentarios de la Guerra de España*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1957, pág. 201.

Valladolid. Luis XIV atendió la petición de su nieto y le envió al prestigioso duque de Vendôme⁶¹, que se reunió con el monarca español en Valladolid a mediados de septiembre.

Los aliados, mientras tanto, estaban indecisos de los pasos a seguir. En el consejo de guerra que tuvo lugar en Calatayud el 2 de septiembre se resolvió marchar a Navarra para cortar las comunicaciones de Madrid con Francia antes de pasar a Castilla. Stanhope, sin embargo, se mostró partidario de avanzar decididamente sobre Madrid y consiguió imponer su criterio en el consejo de guerra de 13 de septiembre, en Sigüenza⁶². El 21 de septiembre entraba la caballería de Stanhope en Madrid, mientras el resto del ejército acampaba en Canillejas. Los aliados se sorprendieron de que la victoria de Zaragoza hubiera causado tan poco efecto en los ánimos de los castellanos, quienes continuaron en masa al lado de su monarca. Las partidas de Bracamonte y Vallejo se mostraron muy activas y provocaron pronto la escasez de víveres en el campo aliado. Vendôme, por otro lado, puso sus miras en evitar la posible unión del ejército de Portugal con el de Starhemberg, que ya había descendido el Tajo hasta Talavera de la Reina. El marqués de Bay fue el encargado de sujetar a Galway en el Guadiana, mientras Vendôme ordenaba ocupar el puente de Almaraz y, a mediados de octubre, concentraba cerca de 30.000 hombres en el valle del Tajo. Los aliados optaron por abandonar Madrid y asentarse en Toledo y Aranjuez, si bien el archiduque, en consejo de guerra de 17 de noviembre, decidió tomar rumbo hacia Cataluña escoltado por 800 caballos. La proximidad del invierno, el incremento de las fuerzas borbónicas y la necesidad de asegurar las comunicaciones con la retaguardia aconsejaron a los aliados la retirada por el Tajuña y el Henares hacia las fronteras de Aragón. El 29 de noviembre se evacuó Toledo y el 6 de diciembre llegaba a Brihuega la retaguardia aliada al mando de Stanhope. Vendôme envió al marqués de Valdecañas⁶³ para que entorpeciera la retirada de los aliados y consiguió rodear a un excesivamente confiado Stanhope en Brihuega. El grueso del ejército borbónico marchó enseguida sobre la plaza, cuya guarnición se defendió obstinadamente pero tuvo que rendirse el 9 de diciembre quedando prisioneros cerca de 5.000 ingleses. Starhemberg, mientras tanto, había retrocedido en socorro de su comprometida retaguardia y topó con el ejército borbónico en Villaviciosa al día siguiente de la rendición de Brihuega. La batalla de Villaviciosa (10 de diciembre) fue la

⁶¹ Luis José de Borbón, III duque de Vendôme (1654-1712).

⁶² LEÓN, Pilar: «Documentos del Archiduque Carlos, pretendiente al trono de España, en la Sección de Estado», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIII, núm. 2, 1966, pág. 436 y ss.

⁶³ Melchor de Avellaneda Sandoval Rojas y Ramiro, I marqués de Valdecañas (1653-1719).

última gran batalla campal de la guerra en la Península y enfrentó a 20.000 borbónicos contra 15.000 austracistas. Deshechas las alas del ejército aliado por la caballería borbónica, la infantería austracista resistió los continuados asaltos contrarios, destacando en el combate la actuación del general Villarroel⁶⁴, que se había pasado al servicio del archiduque meses antes. El combate fue sangriento –8.000 bajas en total– pero el triunfo no se inclinó decididamente hacia ninguno de los contendientes, si bien, en el contexto de la retirada aliada hacia Aragón, puede considerarse que los borbónicos alcanzaron sus objetivos estratégicos. Starhemberg siguió su marcha hacia Aragón y continuó hasta Balaguer, donde reocupó las mismas posiciones que al inicio de campaña. Felipe V entró en Zaragoza el 4 de enero de 1711 y avanzó hasta los márgenes de Cataluña, donde halló sin novedad las guarniciones de Monzón, Lérida y Mequinenza.

3.5. *El camino hacia la paz: 1711-1712*

A finales de 1710, el duque de Noailles penetró desde el Rosellón con 25.000 hombres destinados a sitiar Gerona. Guarneada por 5.000 austracistas, la plaza capituló el 2 de febrero de 1711 tras 48 días de resistencia. En pleno invierno, las fuerzas borbónicas intentaron asegurarse los suministros en Gerona y lanzaron partidas hacia la Garrocha y la plana de Vic, donde la actividad de los fusileros de montaña austracistas les impidió consolidar el territorio.

Mientras tanto, Starhemberg decidió abandonar Balaguer el 24 de febrero renunciando a la ofensiva en el frente aragonés y acortando sus líneas de abastecimiento. Según el general austriaco, el territorio había quedado tan devastado por la continuada presencia de ambos ejércitos que los víveres debían transportarse desde muy lejos y se agotaba en exceso a las tropas en misiones logísticas. Las posiciones aliadas más avanzadas –sin contar algunos enclaves pirenaicos– se situaron en un arco de poco menos de un centenar de kilómetros alrededor de Barcelona, formado por las plazas de Tarragona, Montblanch, Igualada, Cardona y Hostalrich. El Parlamento británico, por otro lado, confirmó el mando de sus tropas en España al duque de Argyll⁶⁵, si bien su intervención no influyó mucho en las operaciones.

A primeros de septiembre, Vendôme tomó la resolución de avanzar hacia Prats de Rey a pesar de la opinión contraria de los generales españoles

⁶⁴ Antonio de Villarroel y Peláez (1656-1742).

⁶⁵ John Campbell, II duque de Argyll (1680-1743).

Aguilar y Valdecañas, quienes abogaron por sitiar Cardona. Viendo al ejército borbónico muy superior en número, Starhemberg optó por posicionar a sus 17.000 hombres en un campo atrincherado en torno a Prats de Rey, donde el 17 de septiembre contuvo el primer impulso de los contrarios y los repetidos ataques que se sucedieron hasta finales de octubre. A continuación los aliados destacaron tropas para intentar sorprender sin éxito Tortosa el 25 de octubre y Vendôme retomó la propuesta de apoderarse de Cardona a mediados de noviembre. La ciudad fue tomada al asalto, pero la guarnición se retiró al castillo y resistió hasta ser socorrida por Starhemberg a finales de diciembre. El levantamiento del sitio de Cardona precedió a la retirada de Noailles hacia Gerona después de intentar apoderarse de Hostalrich. Las fuerzas borbónicas padecieron durante este período una extrema escasez de víveres, alargándose sus líneas de abastecimiento hasta Aragón y siendo precisas partidas muy numerosas para hacer acopio de forrajés en un territorio infestado de miguetes.

Mientras estas operaciones se desarrollaban en Cataluña aconteció un suceso que cambiaría decisivamente la suerte de la guerra. El 17 de abril de 1711 murió el emperador José I dejando a su hermano, el archiduque, sucesor del Sacro Imperio Romano Germánico. El archiduque Carlos embarcó en Barcelona el 27 de septiembre y fue coronado en Frankfurt el 22 de diciembre con el nombre de Carlos VI de Habsburgo. Ya no volvería nunca más a España, donde su mujer Isabel Cristina de Brunswick quedó como gobernadora en Barcelona. El acceso de Carlos al solio imperial modificó radicalmente los intereses de las partes en conflicto y facilitó las negociaciones de paz, iniciadas en enero de 1712 en la localidad de Utrecht.

Felipe V, aprovechando el comienzo de las reuniones que acabarían en el tratado de Utrecht, intentó conseguir algún contundente éxito militar en Cataluña para presentarse de cara a la opinión internacional como el vencedor de la guerra. Para ello concentró sus tropas en Tortosa al objeto de avanzar hacia Barcelona paralelo a la costa. Pero la muerte de Vendôme en Vinaroz y los refuerzos que Starhemberg había recibido de Italia retrasaron los planes borbónicos. Mientras el príncipe Tserclaes se hacía cargo del ejército de las Dos Coronas, los aliados avanzaron con más de 20.000 hombres hacia el valle del Segre, ocupando buena parte del territorio abandonado el año anterior, y cercaron Gerona con otros 10.000 hombres. Ante esta imprevista y vigorosa reacción, Tserclaes se vio obligado a desplazar de nuevo el centro de gravedad hacia Lérida, mientras el marqués de Fiennes⁶⁶ trataba de socorrer infructuosamente la plaza de Gerona. Sin embargo, la causa austracista

⁶⁶ Maximilien François, I marqués de Fiennes (1669-1716).

se debilitó tras la evacuación de las tropas británicas en Cataluña a finales de verano, fruto del armisticio firmado entre Francia y Gran Bretaña. El socorro de Gerona llegó a finales de 1712 de la mano de Berwick, quien ocupó posiciones en el Ter con 22.000 hombres y amenazó con cortar la retirada de las fuerzas austracistas hacia Hostalrich. Starhemberg optó por replegarse hacia el sur y las tropas borbónicas entraron en Gerona el 3 de enero de 1713. Por entonces, Tserclaes se había puesto en movimiento desde Tortosa con 6.000 hombres y el marqués de Ceba Grimaldi desde Lérida con otros 4.000. Pero los acontecimientos internacionales darían un vuelco final al conflicto.

3.6. *La reducción de la última resistencia peninsular: 1713-1714*

El 14 de marzo de 1713, los plenipotenciarios de Inglaterra y de Austria firmaron en Utrecht una convención para la evacuación de Cataluña y de las islas Baleares. Cinco días más tarde embarcaba la emperatriz Isabel Cristina rumbo a Viena, una decisión tomada a principios de año y que se mantuvo oculta hasta el último momento para evitar la sensación de abandono en la que quedaba Cataluña. El 22 de junio, el marqués de Ceba Grimaldi y el conde Königseck, en representación del duque de Popoli⁶⁷ –jefe del ejército borbónico en Cataluña– y del conde de Starhemberg, firmaron la Convención de Hospitalet en la que se concretaban detalles sobre la evacuación de las tropas imperiales –ejecutada a primeros de julio– y de la entrega de las plazas aún ocupadas.

La marcha de la emperatriz y la evacuación de las tropas imperiales causaron un gran descontento en las instituciones catalanas. Viéndose abandonada, la Diputación del General (Generalitat de Cataluña) convocó una Junta de Brazos el 30 de junio para determinar si continuaba la lucha o si negociaba la sumisión a Felipe V. La resolución adoptada fue la de continuar en solitario la resistencia. Esta decisión, impensable si no se hubiera mostrado Felipe V tan áspero en la negociación, provocó la salida de Barcelona de muchos miembros de la nobleza, de la burguesía y del clero, así como la entrada en la ciudad de los elementos antifelipistas más intransigentes, que acabarían radicalizando aún más la resistencia. Berwick reconoce en sus *Memorias* que «como Madrid y el duque de Popoli no hablaban en público sino de horca y saqueo, las gentes montaron en cólera y desecharon cualquier esperanza»⁶⁸.

⁶⁷ Restaino Cantelmo-Stuart y Brancia, VIII duque de Popoli (1651-1723).

⁶⁸ BERWICK, *op. cit.* pág. 405.

Por entonces, casi toda Cataluña estaba ya en manos de las tropas borbónicas y los restos del ejército austracista, formado principalmente por españoles, tan solo controlaba efectivamente Barcelona y Cardona⁶⁹. Se evalúa la fuerza total austracista en 14.000 hombres, incluyendo la milicia urbana de Barcelona. El mando militar recayó sobre el general Villarroel, quien tuvo que conducir las operaciones con la constante intromisión de la Diputación y del Consejo de Ciento barcelonés. Precisamente, a iniciativa de la Diputación y no del comandante en jefe se llevó a cabo una expedición a fin de reagrupar las fuerzas austracistas y llevar algún socorro a Barcelona. La lucha en el territorio catalán fue muy dura entre las partidas armadas de uno y otro signo, causando grandes estragos entre la población civil. Pero todas las tentativas de movilizar las poblaciones en contra de Felipe V y aligerar de alguna manera el cerco sobre Barcelona tuvieron poca fortuna. Solo a principios de 1714 la imposición de un subsidio para el mantenimiento de las tropas borbónicas produjo un alzamiento general en diversas comarcas catalanas, movimiento que no tuvo ninguna conexión con Barcelona y que acabó siendo sofocado gracias a la actividad de Bracamonte, Vallejo o Carrillo. Por otro lado, el marqués de Poal⁷⁰ y las partidas austracistas que se hallaban en torno a Cardona poco pudieron hacer frente a la vigorosa actuación de la caballería y dragones felipistas.

Durante los primeros meses de 1714, las fuerzas borbónicas al mando del duque de Pópuli no eran lo suficientemente numerosas –unos 15.000 hombres– para asegurar el bloqueo de Barcelona y en ese tiempo pudieron introducirse en la plaza víveres y refuerzos enviados desde Mallorca e Ibiza, islas que permanecían leales al archiduque. La poca contundencia de los ataques sobre la ciudad y los socorros recibidos dieron nuevo ánimo a los barceloneses y afianzaron aún más la actitud de los intransigentes. Por otro lado, el emperador mantenía las comunicaciones con Barcelona y animaba de algún modo la resistencia con un lenguaje ambiguo por el que ofrecía «las asistencias que se hagan arbitrables a la posibilidad»⁷¹. Mientras tanto, la Diputación se había visto forzada a delegar las tareas de gobierno y la organización de la defensa en el Consejo de Ciento barcelonés, ya que la Cataluña austracista quedaba reducida a poco más que la Ciudad Condal.

Tras la paz de Rastatt (marzo de 1714), los borbónicos trataron de negociar la entrega de la ciudad, pero los defensores no estaban dispuestos a rendirse incondicionalmente a Felipe V. Solo le quedó al monarca la alternativa

⁶⁹ Vid. LLAVE, Joaquín de la: *El sitio de Barcelona en 1713-1714*. Imprenta del Memorial de Ingenieros del Ejército, Madrid, 1903.

⁷⁰ Antonio Desvalls Vergós, I marqués de Poal (1666-1724).

⁷¹ LLAVE, *op. cit.* pág. 106.

de solicitar a Luis XIV el envío de tropas francesas para proceder a la expugnación de la plaza. Con este fin, el duque de Berwick llegó a Barcelona en julio de 1714, dando un vuelco final a la situación. Las tropas sitiadoras se elevaron entonces a 40.000 hombres, mientras que dentro de la ciudad había poco más de 10.000 combatientes, la mayor parte miembros de la milicia de los gremios o Coronela. Todos los hombres mayores de 14 años fueron llamados a la defensa, en la que participaron incluso sacerdotes y mujeres.

Las operaciones tomaron entonces un ritmo vertiginoso y, tras intentar varios asaltos que le produjeron graves pérdidas, Berwick decidió detener los asaltos y abrir un buen número de brechas en la parte de la muralla seleccionada para el asalto, entre el baluarte de Santa Clara y Puerta Nueva. A principios de septiembre, a pesar de las intensas lluvias, las brechas eran del todo practicables –la mayor tenía casi 140 metros de ancho– y el general borbónico ofreció una nueva capitulación a los defensores, «un gesto que me repugnaba –en palabras de Berwick–; no obstante, [lo hice] para que no se me pudiera reprochar la efusión de sangre»⁷². La Junta de Gobierno barcelonesa –formada por representantes del Consejo de Ciento, la Diputación y miembros del estamento nobiliario– decidió resistir a pesar de la opinión del general Villarroel, que presentó la dimisión al considerar que no se tenían en cuenta sus consejos y que se pasaban por alto las reglas militares a las que estaba sujeto como representante de los ejércitos del emperador en Cataluña.

La madrugada del 11 de septiembre se produjo el asalto final a las siete brechas abiertas en los muros de la ciudad. Al escuchar la alarma, Villarroel se dirigió a las murallas para retomar el mando de las tropas y pidió a Rafael Casanova –primer conceller de la ciudad– que condujera la coronela al baluarte de San Pedro al objeto de rechazar al enemigo. Ambos fueron heridos en los vaivenes del asalto, perdiendo y retomando posiciones en las distintas obras asaltadas antes de que se solicitara el cese del fuego. Los sitiados se habían defendido con ferocidad inusual, recuperando varias veces los baluartes al enemigo e incluso luchando obstinadamente casa por casa. El Consejo de Ciento publicó todavía un bando para pedir un último esfuerzo a los defensores «a fin de derramar gloriosamente su sangre y vida por su Rey, por su honor, por la Patria y por la libertad de toda España»⁷³, pero cualquier resistencia fue ya inútil porque las tropas borbónicas estaban dentro de la ciudad y no había más opción que capitular. Berwick prometió a los defensores sus vidas y que no habría ningún pillaje. Las negociaciones se

⁷² BERWICK, *op. cit.* pág. 410.

⁷³ CASTELLVI, *op. cit.* pág. 441.

sucedieron durante el día siguiente hasta que el 13 por la mañana, las tropas de Felipe V entraban en la ciudad y terminan a la vez con un sitio que duraba más de un año y con una guerra que ardía desde 12 años atrás.

La extrema resistencia de Barcelona no se podría entender sin conocer el carácter del pueblo español, extremamente reacio a las imposiciones e inmune a las palabras altivas. No en vano Castellví escribió a este propósito:

«[Mucho] poderío tiene en la nación española la afabilidad, la confianza y el cortés amoroso lenguaje y más que en otras naciones la fuerza y lo riguroso del castigo. Éste enfurece más el brío español, que es nación que sirve y se sacrifica por bizarría y generosidad de ánimo y aborrecen el nombre de forzada obligación»⁷⁴.

⁷⁴ CASTELLVÍ, *op. cit.* pág. 144.

FUENTES

- A collection of all the treaties of peace, alliance, and commerce, between Great-Britain and other powers...* J. Almon, London, 1772, 2 vol.
- BACALLAR, Vicente (marqués de San Felipe): *Comentarios de la Guerra de España*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1957.
- BERWICK, duque de: *Memorias*. Universidad de Alicante, 2007.
- CASTELLVI, Francisco: *Narraciones Históricas*. Fundación Elías de Tejada y Pèrcopo, Madrid, 1997-2002, 4 vol.
- LEÓN, Pilar: «Documentos del Archiduque Carlos, pretendiente al trono de España, en la Sección de Estado», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIII, núm. 2, 1966, págs. 410-477.
- MACAULAY, Thomas B.: *Critical and Miscellaneus Essays*. Hart, Carey & Hart, Philadelphia, 1854, 2 vol.
- NAVIA, Álvaro (marqués de Santa Cruz): *Reflexiones Militares*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1984.
- LÓPEZ DE MENDOZA, Agustín (conde de Robres): *Memoria para la historia de las guerras civiles de España*. CEPC, Madrid, 2006.
- VOLTAIRE: *El siglo de Luis XIV*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBAREDA, Joaquim: *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*. Crítica, Barcelona, 2010.
- CHANDLER, David G.: *The Art of Warfare in the Age of Marlborough*. Spellmount, Kent, 1990.
- DUFFY, Christopher: *The Military Experience in the Age of Reason*. Routledge & Kegan Paul, London and New York, 1987.
- LLAVE, Joaquín de la: *El sitio de Barcelona en 1713-1714*. Imprenta del Memorial de Ingenieros del Ejército, Madrid, 1903.
- LYNCH, John: *La España del siglo XVIII*. Barcelona, Editorial Crítica, 1999.
- MOLINERO, José Luis: «La flota de Vigo y posteriores sucesos en el Archivo General de Indias», en *La Guerra de Sucesión en España y América*, Actas X Jornadas Nacionales de Historia Militar, Sevilla, 2000, págs. 637-650.
- PREGO, Alberto (coord.): *Almansa, 25 de abril 1707: un día en la historia de Europa*. Ed. Erein, Donosita, 2005.

- SÁNCHEZ MARTÍN, Juan Luis: «Almansa 1707: Las Lises de la Corona», en *Researching and Dragona*, núm. 5, 7 y 8, 1998-9.
- SÁNCHEZ RUBIO, Antonio (coord.): *Historia e Imagen de un asedio. Badajoz 1705*. Editorial 4 Gatos, Badajoz, 2010.
- SEGURA, Germán: «Cádiz, 1702: El asalto aliado durante la guerra de Sucesión», en *Revista de Historia Militar*, núm. 97, 2005, págs. 151-178.
- «Apuntes sobre el empleo táctico de la infantería durante la Guerra de Sucesión española», en *Militaria: Revista de Cultura Militar*, núm. 20, 2006, págs.109-136.
 - «La toma de Barcelona por el archiduque Carlos (1705): Un episodio relevante en la Guerra de Sucesión», en *Revista Ejército*, núm. 782, 2006, págs. 89-96.
 - «Guerra de Sucesión española: el combate de Almenar (1710)», en *Revista de Historia Militar*, núm. 99, 2006, págs. 111-143.
 - «Almansa (1707): la nueva infantería española en acción», en *Revista de Historia Militar*, núm. 102, 2007, págs. 245-281.
 - «El príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt (1669-1705): La Historia detrás del Mito», en *Ares Enyalius*, núm. 34, 2013, págs. 6-13.
- URIOL, José I.: «Guía de Caminos de Pedro Pontón», en *Revista de Obras Públicas*, núm. 3430, 2003, págs. 59-62.

Recibido: 18/09/2014

Aceptado: 02/10/2014